

Blanca Solares (comp.), *Imaginario de la naturaleza. Hermenéutica simbólica y crisis ecológica* (México: UNAM, 2021), 464 pp.

RECEPCIÓN: 07 de julio de 2022.

APROBACIÓN: 29 de agosto de 2022.

DOI: 10.5347/01856383.0144.000307207

132

Si los glaciares desaparecen, los venados muelen y los rinocerontes se extinguen, ¿acaso será hora de rescatar otros modos de imaginarnos la naturaleza? Esto es lo que hace este muy relevante libro, en el cual veintidós autores centran su atención en el estudio de imágenes de la naturaleza alternativas a la predominante. Blanca Solares escribe: “la violencia destructiva contra la biodiversidad corre paralela a la violencia represiva sobre los hombres y la que ejerce el individuo sobre sí mismo al haber interiorizado una imagen dividida de su propia naturaleza (alma/cuerpo, razón/pasión)” (p. 25). En las 462 páginas del libro el lector encontrará ideas originarias y originales para reencontrarnos con el entorno.

En el pensamiento maya, los seres humanos y los animales estamos imbricados, argumenta Mercedes de la Garza. Cada uno de nosotros tiene diferentes entidades anímicas en el cuerpo, y algunas de ellas están íntimamente relacionadas con animales: por ejemplo, “el *wayjel*, desde el momento del nacimiento del ser humano habita en un animal, generalmente silvestre. Este animal comparte el destino del hombre” (p. 39). Para los mayas, “todos los seres, incluso los objetos creados por los hombres, tienen un espíritu semejante al de ellos, lo que libera al mundo de un carácter de ‘objeto’ que puede ser utilizado al antojo de los seres humanos” (pp. 44-45). Yólotl González explica que, en la Sierra de Puebla, las almas humanas están conectadas con el maíz en un sentido parecido, de lo cual se infiere que debemos “cultivar” el alma como si cultiváramos maíz.

Con una pluma excepcional, Gonzalo Camacho retoma una iluminadora idea divulgada por Fals Borda y Galeano, concebida por los pescadores colombianos de San Martín de la Loba: debemos “sentipensar”, pensar con el

corazón y sentir con la cabeza. Además, Camacho se adentra en una metáfora muy especial y recurrente en algunas mitologías indígenas: el mundo tiene la forma de un monte y el monte es un mundo. Así, el Señor del cerro es el Señor del mundo, y a la inversa.

Luz Maldonado comparte un ejemplo muy pedagógico de cómo los imaginarios interfieren en la realidad económica y social: el guajolote mesoamericano, precisamente por su importancia simbólica entre los indígenas se ha escapado de la “industrialización” que padece su primo hermano, el pavo norteamericano. El imaginario indígena lo “ha salvado” del capitalismo desenfrenado.

La importancia de la historia en las culturas monoteístas postula una suerte de analogía constante entre el cosmos y la historia, explica Cossette Galindo. Antes de la caída, la obediencia y la vida convergían (p. 165). Con la historia, el ego se separa del inconsciente y nuestra alma se cree aislada del alma universal. Jean-Jacques Wunenburger insiste en esta cuestión: en Occidente ha habido una “desacralización de la naturaleza en beneficio de una santificación de la historia” (p. 365). Y cita a Bacon: “el conocimiento no puede ser como una cortesana, destinada solamente al placer vano, ni como una esclava, que genera y produce para su señor lo que le es útil, sino que esté destinada, como una esposa, a la procreación, al fruto y al consuelo” (p. 368). Si queremos cambiar nuestro modo de tratar a la naturaleza, no solo debemos cambiar nuestro modo de “imaginarla”, sino también de “conocerla”.

Sería un craso error culpar a un libro (la Biblia), como advierte Silvina Rabinovich, de las acciones de una civilización. Más bien hay que cuestionarnos cómo lo hemos leído. Mauricio Beuchot ahonda en una de las principales razones de tal lectura: el excesivo enaltecimiento del ser humano durante el Renacimiento, que fue el germen del desequilibrio actual, en el cual los humanos nos creemos “por encima” de animales, plantas y minerales. ¡Que afloren entonces viejos textos y lecturas refrescantes!

Si bien la naturaleza ha sido frecuentemente comparada con un libro (un objeto muerto), antaño fue comparada con un poeta (un sujeto vivo), relata Danivir Kent en su estudio sobre Emnod Jabès. Para “vivificarla” hay que ver con “los ojos y los oídos del hombre interior” (p. 199), como quería Hildergarda von Bingen (y retoma Vladimir Bendixen). También Francisco de Asís miraba la naturaleza de un modo muy diferente al actual (firma el capítulo Diana Cortés): “Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y

hierbas” (p. 152), dice el “Cántico del hermano Sol”. El santo vivió alejado de la avaricia y al servicio de la “dama pobreza” y de Cristo, pues se necesita una voluntad humilde y una mirada austera para “dejar que las cosas sean”, para liberarlas del yugo conceptual con el que, infructuosa y constantemente, tratamos de someterlas a nuestra voluntad (p. 185). Escribió Pierre Hadot: “No es pues a través de la violencia sino de la melodía, el ritmo y la armonía, que Orfeo penetra los secretos de la naturaleza” (p. 187). Aprendamos, como Orfeo y San Francisco, a bailar con la naturaleza en lugar de utilizarla.

En la Edad Media, “naturaleza” significaba una cosa bien diferente a lo que significa en la actualidad (léase a Philippe Walter en su estudio de *El libro de la rosa*); no tenía nada que ver con la ciencia experimental, como ahora (p. 207). Walter retoma la tesis de Gilbert Durand, según la cual “la gran catástrofe” de Occidente consistió en que se leyó a Aristóteles de la mano de Averroes —racionalista— en lugar de leerlo con Avicena —místico—. Con tal elección las ciencias “exactas” y las “humanas” se fracturaron, y esa fractura es la que hoy padecemos (p. 215). Heidegger señaló que la palabra griega que traducimos a veces por “naturaleza” y otras por “esencia” (*phýsis*) en griego era un concepto indivisible: se entendía que la esencia es natural, y lo natural, esencial.¹ Manuel Lavaniegos (quien estudia el último texto de Cesare Pavese a partir del concepto de mitologema de Kerényi) alude justamente a esas relaciones inconscientes que se daban en el imaginario grecolatino: “según la concepción mítica griega, el *numen*, ligado siempre al actuar de alguna deidad, se halla sustancialmente vinculado a un *topos* y manifiesta el *nomos* que rige el cosmos, tal como las Ninfas operan cual *genii loci*, habitando íntimamente, orgánicamente, los manantiales, árboles, bosques, arroyos y costas” (p. 261). La sacralidad, la potencia, la ley y la inspiración no pueden concebirse aisladas. Solo una suerte de “amnesia planificada” (la expresión es de George Steiner) puede explicar que nos hayamos olvidado de algo tan esencial. De la mano de Gaston Bachelard, Luz Aída Lozano comparte una clave: no se trata solo de encontrar lo humano, fraternal y divino en la naturaleza, sino de encontrar también lo natural en lo más específicamente humano, el arte, que es “el *cultivo* de imágenes”. La imaginación tiene una física, una química y una botánica por descubrir. Si en nosotros aflora el arte, es porque antes “nos” ha germinado.

Entre estos brillantes textos, destaca el dedicado al “Dador de agua” de Chalcatzingo (firmado por Eduardo Menache). Este milenarismo grabado, desvelado

¹ Martin Heidegger, “On the essence and concept of *phýsis* in Aristotle’s *Physics B*, 1”, en *Pathmarks*, (Cambridge / Nueva York: Cambridge University Press, 1998), 183-230.

cuando el dios Tláloc rompió una montaña con un derrubio, y descubierto por unos niños traviesos cuando jugaban, podría ser uno de los principales altares de los toltecas, los antiguos sabios y custodios de una tradición milenaria. El “Dador del agua” es el pontífice al que se conoce en la catábasis hacia el inframundo, porque todo iniciado debe vivir en su propia carne “los pulsos cosmogónicos de disolución y recomposición”, de muerte y resurrección, “a fin de que experimente su identidad esencial con el sentido del mundo. Debe comprender, así, que él no está en la naturaleza, sino que él es la naturaleza” (p. 114). En el viaje descubrimos que el dador de agua no solo es un símbolo de la naturaleza, sino que también es “el nahual de la nada” y nosotros somos “la Nada envuelta en vacío”. O de otro modo: la naturaleza es el vestido y el cuerpo que viste. Como dice la sabiduría india, *tú eres eso*.² Lo uno y lo otro.

Cuidadosamente editado por la UNAM, el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias y la editorial Itaca, el libro contiene otros interesantes capítulos, de David García, Francisco Márquez, Alfonso Reyes y Shekoufeh Mohammadi, que ayudan a comprender mejor las “metáforas fundamentales” vinculadas con la naturaleza, entre las cuales destaca la dominante en la prehistoria y la de más larga duración: la naturaleza es nuestra madre y, por tanto, la fuerza creativa y la energía que “nos nace” y mantiene con vida (como explica Blanca Solares).

Este libro combina textos firmados por algunos de los intelectuales con mayor trayectoria académica en México (De la Garza, Beuchot, etc.) y la frescura de nuevas plumas, lo que lo convierte en un referente indispensable en el panorama nacional tanto para los estudiosos de los imaginarios como para los interesados en cuestiones teóricas sobre el cambio climático. Por un lado, supone una reivindicación de los estudios de Jung, Eliade, Hadot, Durand, Bachelard, etc., y de la antropología filosófica como disciplina práctica; por otro, una imprescindible colección de antiguas formas de ver la naturaleza. No obstante, este registro de las diferentes metáforas de la naturaleza es mucho más que un catálogo folclórico.

En *El principio de responsabilidad*, Hans Jonas argumentaba que, primero, los seres humanos “debían” tratar de cumplir un idea, y luego “podían” (lograban) cumplirla o no, pero que, ahora, el poder que tenemos los seres humanos determina nuestro deber y, por tanto, como nuestro poder tecnológico es mucho mayor que en el pasado, nuestro grado de responsabilidad también

² Shankara, *La esencia del vedanta* (Barcelona: Kairós, 1997).

lo es.³ Hoy, tenemos la responsabilidad de rescatarnos de la debacle ecológica imaginando nuevas metáforas con las que mirar la naturaleza. No piense el lector alejado de los estudios del imaginario que “imaginar” es fantasear. Todo lo contrario: la imaginación es justamente aquella facultad que determina cómo miramos la realidad y, en consecuencia, el modo en que aprendemos, vivimos y nos relacionamos con el entorno. Por tanto, el estudio de la imaginación concierne también a la ética, a la epistemología y, a fin de cuentas, incluso a la metafísica. Por ello, este libro es un encomio de la imaginación como facultad práctica: será la que nos salve de la debacle. Y no es casualidad que aparezca en México, donde además de haber heredado la tradición clásica grecolatina, tenemos la suerte de ser los custodios de la tradición indígena y sus imaginarios.

Epicuro dijo: “a la naturaleza no se la tiene que forzar, sino hacerle caso”.⁴ Los sabios taoístas decían: hay que vivir “con” la naturaleza, y no “en contra” de ella.⁵ ¿Cuántas veces no hemos oído que la vida es lucha? Pues como esta metáfora, dañina porque convierte al entorno en enemigo, empleamos muchas otras que no hacen más que perjudicarnos e instrumentalizar el entorno. Imaginemos otras más sustentables: hablar es bailar, vivir es navegar, y la naturaleza, una madre, una hermana, un monte, el señor del cerro, el dador de lluvia y eres tú. De esto va este libro: si quieres cambiar el mundo, primero debes cambiar tú.

JAVIER MARTÍNEZ VILLARROYA
Departamento Académico de Lenguas, ITAM

³Hans Jonas, *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica* (Barcelona: Herder, 1995), 212.

⁴Epicuro, *Obras completas* (Madrid: Cátedra, 1995), 100.

⁵Alan Watts, *Las filosofías de Asia* (Madrid: EDAF, 1996), 120.